

separatista no se opuso á que el enemigo emprendiera la retirada por sus frágiles puentes sin molestarle en lo mas mínimo, y bien hubiera podido decirse que Lee sabia mejor vencer que aprovecharse de la victoria. De todos modos, preciso es reconocer que su reciente triunfo bastaba por el pronto para satisfacer su amor propio, pues además de la gloria de haber desbaratado los grandes proyectos del general unionista, sus pérdidas eran insignificantes comparadas con las que sufriera el enemigo.

La derrota de los federales, precisamente cuando se acababa de confiar el mando del ejército á Burnside, causó en el Norte una profunda sensacion, y como es natural, las Cámaras federales se ocuparon del hecho, disponiéndose acto continuo que se abriera un informe á fin de averiguar de parte de quién estaba la falta. Al principio se designaba á Franklin, á quien se acusó de no haber obedecido las órdenes del general en jefe, dando lugar con esto á que el ejército quedara derrotado en vez de obtener una brillante victoria. Ahora bien, esta acusacion, que comenzó á circular desde el dia siguiente á la batalla y se publicó en los periódicos, carecia de fundamento, como ya comprenderán nuestros lectores, pues sabido es que Franklin no faltó á la obediencia ni dejó de tener energía; la falta, si falta se habia cometido, y en el caso de no achacarla á inci-

«El numeroso ejército enemigo terminó sus preparativos de ataque sin interrupcion alguna, y dió la batalla en la hora que le pareció mas conveniente y en el terreno elegido por sus jefes.

»Veinte mil hombres de nuestro valeroso ejército sostuvieron el choque, y las columnas enemigas, destrozadas y desbaratadas, retrocedieron en desorden en medio de una carniceria tan espantosa, que se dieron por muy contentos con evitar la muerte todos aquellos que avanzaron contando como segura la victoria.»

Vemos que esto no es del todo exacto y nos parece que estas erróneas apreciaciones no dicen bien en un gran soldado y jefe de tanta nota como Lee.

dentos imprevistos, debía recaer sobre el mismo general en jefe. No era preciso de ningún modo atacar de frente una posicion tan fuerte como la de los separatistas, pues prescindiendo de que no se aseguraba la retirada á todas las tropas que tomaran parte en la accion, haciase preciso dejar muchas fuerzas ociosas para guardar los puentes, y tampoco era posible emplear convenientemente la artillería. El general Burnside debió haberse propuesto desalojar á Lee maniobrando sobre sus flancos, y al decir esto, no es nuestro propósito acusar á este jefe, cuyos errores mas bien parecen proceder de una falta de esperiencia para conducir un gran ejército, que de una falta de celo, de energía ó de valor. Burnside habia preparado su ataque bastante de antemano, y una vez comenzada la accion, dió pruebas de actividad, de valor y de sangre fria, pero esto no podia compensar el defecto de sus primeras disposiciones, ó mas bien la ausencia de estas: aun cuando se tenga el mejor telégrafo del mundo, no bastaria para dirigir la accion de catorce divisiones formadas en dos grandes columnas, cuando los jefes no saben exactamente lo que se espera de ellos y lo que deben hacer.

Por lo demás, Burnside no trató de echar la culpa á nadie, y muy lejos de esto, cargó con toda la responsabilidad al redactar su informe para el general Halleck, si bien se asegura que en cartas confidenciales dirigidas al Gobierno, se quejó de algunos de sus oficiales, especialmente del general Hooker, que parecia empeñado en hacerle la contra. Semejante estado de cosas no podia menos de ocasionar una crisis entre los diversos jefes, y en efecto, estaba muy cercano el dia en que Burnside debia dejar el mando del ejército del Potomac. Mientras que las tropas se reorganizaban y su jefe formaba nue-

vos planes de campaña, continuábanse las averiguaciones, tanto oficial como officiosamente, acerca de la conducta de Burnside, y llegó el caso de que todos los oficiales superiores del ejército, en uso de su derecho, hicieran al Gobierno sus observaciones por escrito, hasta el punto de que, molestado ya el Presidente, mandó llamar á Burnside á Washington á fin de que manifestara cuál era el espíritu que predominaba en el ejército. Á consecuencia de esto, celebraron ambos una larga conferencia, y al dia siguiente volvió el general á reunirse con sus tropas, pero no quiso continuar las operaciones militares sin purgar á su ejército de los elementos de oposicion é indisciplina que paralizaban sus esfuerzos poniéndole en mal lugar con el Gobierno de Washington. Esto sobre todo fué lo que le indujo á redactar su orden general, número 8, por la que relevaba del servicio á ciertos jefes, entre los que se contaban los generales Hooker, Brooks, Newton, Franklin, Smith, Cochrane, y Taylor, pero antes de publicarla, y siguiendo el consejo de un amigo, quiso someterla al Presidente para su aprobacion.

Disgustado por el mal giro que iba tomando este asunto, aunque convencido de la oposicion sistemática que se hacia contra Burnside, incompatible con la unidad y armonía que deben existir en todo ejército, el Presidente Lincoln reflexionó durante algunos dias, pero persuadiéndose al fin de que el general en jefe no conseguiria triunfar de los obstáculos que podrian presentársele, decidióse á sacrificar á Burnside, y en 25 de enero le notificó que no se aprobaba su orden, número 8, y que por lo tanto quedaba aceptada su dimision. El general Burnside quiso protestar y hacer público que él no dimitia, mas le aconsejaron que no diese ningun paso, y al fin se convino á servir

donde el Gobierno tuviera á bien enviarle. De este modo cesó Burnside en el mando del ejército del Potomac. Tambien Franklin fué relevado de sus funciones, mientras el general Hooker, que no habia tomado parte en la jornada del 13 de diciembre, obtuvo el mando en jefe del ejército del Po-
1862.

El nombramiento del general Hooker, uno de los veteranos del ejército regular y tambien de los voluntarios, fué acogido favorablemente por las tropas y por el pais, y de este modo el Gobierno, que como era natural, atendia sobre todo á sus intereses, llegó á desembarazarse sin gran esfuerzo de cuatro generales de encontradas opiniones y diversa popularidad, es decir, de McClellan, Porter, Burnside y Franklin, quedando en lugar de estos el general Hooker, quien, segun dicen, participaba de las opiniones del Presidente en las cuestiones políticas que comenzaban á dividir al Norte. La reputacion de este jefe era entonces muy grande, acaso un poco exagerada; escelente táctico y buen soldado, nadie dirigia mejor que él un ataque contra el enemigo, pero el mando supremo exige otras cualidades que Hooker no poseia en alto grado. No obstante, esperábanse de él prodigios, y sobre todo que continuaria con vigor las operaciones de la campaña, lo cual parecia dispuesto á cumplir el nuevo general en jefe, separa-
1863

do solo entonces de su enemigo por el Rappahannock, en cuyas orillas establecieron ambos ejércitos sus cuarteles de invierno hasta fin de abril.

Cuando el general Hooker se encargó del mando del ejército del Potomac, vió que estaba completamente desmoralizado y que era

preciso restablecer la disciplina entre las tropas, pues no pasaba día sin que desertaran cuando menos doscientos hombres, atendido que muchos soldados recibían clandestinamente trajes de paisano de sus parientes y amigos á fin de facilitar su fuga y retirarse de un servicio de que ya se iban cansando. Según los registros de filiaciones, resultaban ausentes nada menos que dos mil novecientos veintidos oficiales y ochenta y un mil novecientos sesenta y cuatro subalternos entre sargentos y soldados, muchos de los cuales se hallaban seguramente enfermos en su hospital respectivo, si bien era de creer que la mayoría había desertado (*). El general Hooker consagró los dos primeros meses á restablecer la disciplina, perfeccionar la organización y enardecer el espíritu de sus tropas, y en esto procedió con tal tino, que muy pronto tuvo un ejército, que tanto por el número de soldados como por sus buenas disposiciones, era superior á cuantos se habían visto en aquel continente, escepto, no obstante, el que mandaba Mc Clellan durante los tres primeros meses de 1861. Este ejército se componía de unos cien mil infantes, diez mil artilleros y trece mil ginetes, siendo de advertir que hasta entonces no se había visto un cuerpo de caballería mas lucido en todo el territorio americano, pues como en el Sur empezaban á ser muy escasos los caballos y el forraje, no era fácil organizar un cuerpo de este arma que pudiera competir con el del Norte.

Terminados ya todos los preparativos, Hooker destacó á Stoneman en 13 de abril con la mayor parte de su caballería, previniéndole cruzara el río por mas

(*) Así se consignaba en el informe del general Hooker, pero es de creer que en este enorme total se comprendían todos aquellos que desertaron del ejército desde la organización de este, así como también los enfermos y heridos que se hallaban en los hospitales.

allá de la vía férrea de Orange y Alejandría, á fin de atacar á la caballería separatista al mando de Hugo Lee, que en su concepto constaba de unos dos mil ginetes. Hecho esto se apoderaría de Gordonsville, en cuyo punto, así como en todo el espacio que se estiende entre Fredericksburg y Richmond, debía cortar los telégrafos, interceptar las comunicaciones y destruir los puentes, hostigando lo mas posible al ejército enemigo, que á no dudarlo se retiraba entonces hácia Richmond. El espíritu de las instrucciones comunicadas á Stoneman podía traducirse del modo siguiente:

«Sea siempre vuestra divisa pelear, y no abandoneis un momento la lucha, teniendo presente que el tiempo es precioso para nuestros jefes.

«Á vos corresponde, general, tomar la iniciativa de las operaciones de ese grande ejército, y de vuestro acertado mando y reconocida pericia, dependerá seguramente el éxito de la campaña. No olvidéis que la celeridad, la audacia y la resolución son el todo en la guerra, especialmente tratándose de empresas como la que tenéis ahora el encargo de acometer.»

La caballería unionista se puso inmediatamente en marcha en dirección al Oeste, destacando de vanguardia una división, pero habiendo empezado á llover copiosamente, creció de tal modo el río, que fué preciso enviar un parte para que volviera; una serie de esas tempestades, tan comunes en el mes de abril, puso en tal estado los caminos, á causa sobre todo de la impetuosidad de las corrientes, que se creyó necesario aplazar el movimiento hasta el 28, lo cual fué muy acertado, pues entonces precisamente, el general separatista Longstreet, destacado por Lee con tres divisiones, se dirigía contra el general Peck, situado cerca del río Jacobo.

El día 28, pues, las columnas franquearon el Rappahannock por el vado de Kelly, á cuatro ó cinco millas mas allá de la confluencia de este río con el Rapidan; desde este punto el ala derecha se dirigió hácia el Sur marchando siempre en dos columnas, Meade por la izquierda, y Howard y Slocum por la derecha. El primero cruzó el Rapidan por el vado de Ely's, el segundo por el de Germania Mills, y ambos se reunieron luego en Chancellorsville. Entre tanto el cuerpo de ejército de Couch se aproximó, cuidando de ocultar su movimiento lo mas posible, á los vados de la Union y de Banks, dispuesto á cruzar cuando los protegiese la vanguardia, y llegado el momento, sin que ocurriese contratiempo alguno, Couch pasó á la orilla opuesta por un puente de barcas sin perder un solo hombre. El general Hooker inspeccionaba desde Morrisville este movimiento.

Chancellorsville, que ni siquiera puede llamarse pueblo, pues no se encuentra allí mas que una sola casa, que es un magnífico edificio de ladrillo con varias dependencias, se hallaba á unas doce millas al Oeste de Fredericksburg; dos malos caminos conducen á los vados de la Union y de Banks, y en los alrededores se estienden vastísimos bosques muy distintos entre sí, pues mientras los unos son muy espesos, los otros pueden cruzarse fácilmente.

Alrededor de la casa de Chancellorsville hay una llanura cultivada que se estiende hácia el Oeste; en la dirección de los vados se elevan algunas colinas, y entre estas serpentea un riachuelo afluyente del Rappahannock. Tal era el punto que Hooker había elegido para establecer el centro de una posición defensiva, así como también su cuartel general.

El importante movimiento de los federales se había llevado á cabo con el mayor acierto,

pues se hizo creer al enemigo que se trataba de cruzar por mas abajo de Fredericksburg; la división Sedgwick se encargó de echar los puentes, protegida por las de Reynolds y Sickles, y terminada la operación al amanecer del día 29, cruzó primeramente la división Brooks, la cual dispersó los piquetes que luego encontró al paso, despejándose el camino para las demás tropas. Acto continuo se recogieron los puentes, y sin mas novedad que haber cambiado algunos tiros con el enemigo, reuniéronse todas las fuerzas en la orilla opuesta, de modo que Hooker se vió al fin al frente de unos setenta mil hombres concentrados en Chancellorsville y sus alrededores. Solo Sedgwick tenía á sus órdenes veintidos mil infantes, mientras el general Gibbon, que seguía en su campamento de Falmouth, custodiando los depósitos de armas y municiones, contaba lo menos con seis mil, de modo que en aquel punto reunían los federales un ejército de cerca de treinta mil hombres.

No puede negarse que Hooker había procedido con mucho tino y acierto en esta primera operación, pues con tal sigilo se practicó el movimiento, que Lee no tuvo tiempo de apercibirse, y el paso del Rappahannock se efectuó sin perder un solo hombre. El general Hooker estaba tan contento como si hubiese alcanzado una gran victoria; tanto es así, que se le oyó decir: «Tengo al ejército de Lee en una mano y al de Richmond en otra,» y para dar á conocer al ejército su satisfacción, publicó la siguiente orden del día:

«Cuartel general del ejército del Potomac.
» Campamento cerca de Falmouth,
» Abril 30 de 1863.

»El general en jefe tiene el gusto de anunciar al ejército que las operaciones de estos

tres últimos días nos aseguran la victoria, pues el enemigo se verá precisado á retirarse sin aceptar la lucha ó á salir de sus líneas de defensa para presentarnos la batalla en el terreno elegido por nosotros, en cuyo caso es segura su destruccion. El movimiento llevado á cabo equivale casi á una brillante victoria.

» Por orden del general Hooker,
» El Ayudante general,
S. Guillermo. Asst. »

No se comprende, sin embargo, por qué Hooker, que contaba con un ejército tan numeroso, se detenía en Chancellorsville, donde por orden suya se construían á toda prisa atrincheramientos. ¿Por qué ponerse á la defensiva en vez de marchar contra Lee para acometerle en sus líneas mismas antes de dejarle tiempo de prepararse al ataque y á la defensa? Parece ser que Hooker estaba persuadido de que en aquella posición tenía estrechados á los separatistas de tal modo, que estos se verían obligados á batirse con desventaja ó á emprender la retirada apresuradamente; esto es á lo menos lo que se desprende de su orden del 30 de abril.

Los vados del Rappahannock, que se hallan hacia Fredericksburg, estaban custodiados por el general Anderson con tres brigadas compuestas de ocho mil hombres, pero Hooker había tomado sus medidas tan acertadamente, que no dió tiempo á los separatistas para pedir refuerzos, y de este modo Anderson hubo de retirarse rápidamente por no contar con suficientes fuerzas para oponerse al paso del enemigo.

El general Lee, no obstante, vigilaba atentamente á sus contrarios, y hasta averiguar cuáles serían los designios de Hooker permaneció tranquilamente en sus líneas, limitándose á practicar reconocimientos en los

alrededores. Ya el 29 supo lo que proyectaban los federales, así como también que estos se habían dividido en dos grandes columnas con objeto de cogerle entre dos fuegos de frente, acometiéndole al mismo tiempo por la izquierda, y entonces, con esa prontitud y esa rapidez de comprensión que le distinguían, el general separatista no perdió tiempo en aprovecharse de las ventajas que le ofrecía su posición central. El 29 reforzó su izquierda, al mando del general Anderson, con dos columnas que debían replegarse á la mitad del camino de Chancellorsville, y el 30 marchó sobre este punto con todas sus fuerzas, compuestas de unos cincuenta mil hombres, sin dejar en las alturas de Fredericksburg más que algunos cañones y una escasa fuerza á las órdenes del general Barksdale. Cuando supo Lee que los federales ocupaban una buena posición en Chancellorsville, resolvió no dirigir el ataque principal por su frente, y pareciéndole que para contener al enemigo bastarían dos divisiones, dispuso que el general Jackson, con el grueso de las fuerzas, diese un rodeo para acometerle de improviso por su flanco, rechazándole hasta el río.

Esta maniobra, tan hábilmente combinada como llevada á cabo, obtuvo el mejor éxito: en la noche del 30 comenzó el general Jackson su movimiento con las tres divisiones de A. Hill, Rhodes y Trimble, en tanto que Lee desplegaba en ala delante de Chancellorsville las divisiones de Anderson y Mc Laws. El 2 de mayo por la mañana se hallaba ya Jackson ocupando sus posiciones, donde esperaba solo la orden de atacar al enemigo.

Habiendo practicado los federales un reconocimiento en dirección á Fredericksburg, sin encontrar á enemigo alguno, el general Hooker dispuso que avanzara la tercera di-

vision de Sykes, apoyada por otras fuerzas que, separándose un poco, se dirigieran hacia la parte Oeste de Chancellorsville. Sykes resolvió entonces avanzar dos ó tres millas hacia la ciudad, pero apenas hubo recorrido una, cuando encontró numerosas fuerzas enemigas, y se trabó una obstinada refriega en la que resultaron numerosas pérdidas por ambas partes. Los separatistas estendieron su línea con la intención de flanquear á los federales, mientras Sykes trataba, aunque en vano, de reunirse con la división Slocum por su derecha, mas no pudiendo conseguirlo, y habiéndose destacado al general Warren para que llevara un parte á Hooker, éste envió á Sykes orden de retirarse, lo cual se hizo sin sufrir grandes pérdidas, á pesar de que el enemigo seguía de cerca á la retaguardia de los federales. Vemos pues que en el primer encuentro no era á Hooker á quien tocaba proclamar la victoria, y á fe que no era este muy buen precedente para conservar su prestigio. Apenas llegada la noche, los bosques que se extendían frente á la posición de los federales se hallaban literalmente infestados por los tiradores del ejército separatista, y en la cima de las colinas veíanse sus baterías, que **1863.** rompieron el fuego sobre Chancellorsville en la mañana del sábado 2 de mayo.

La división Sickles, que acababa de llegar de Fredericksburg, había pasado á reforzar el centro del ejército federal, pero como á las ocho de la mañana llegase Birney con una división y manifestara que los separatistas adelantaban como para atacar el centro, Hooker dió orden de avanzar á Sickles y su división, apoyada por algunas fuerzas más, á fin de hacer frente al enemigo en caso necesario. Á las diez de la mañana dispuso Birney que la batería de Clark rom-

piese el fuego sobre los tiradores del enemigo, los cuales se dispersaron bien pronto desordenadamente, y una hora después Sickles mandó á Birney que atacara á la primera columna de los confederados; dos baterías, convenientemente situadas, y una vigorosa carga, bastaron para rechazar á la columna enemiga, que dejó quinientos prisioneros en poder de los federales. La noche puso fin al combate, pero ya una parte de las tropas unionistas ocupaba todo el camino por donde poco antes pasaran las tropas de Lee.

De repente, numerosos fugitivos, procedentes de la retaguardia de Birney, trajeron la noticia de que acababa de ocurrir un gran desastre. Un movimiento simulado de los separatistas había hecho creer al general Howard que estos se retiraban hacia Richmond, pero bien pronto debieron convencerse los federales de lo contrario. El general Stonewall Jackson acababa de desembocar del bosque repentinamente á la cabeza de veinticinco mil hombres, y sus columnas de ataque invadieron en un abrir y cerrar de ojos el campamento enemigo, lanzando gritos atronadores. La división Devens, que formaba la extrema derecha de los unionistas, sorprendida ante aquel imprevisto ataque, apenas tuvo tiempo para replegarse después de las primeras descargas, en una de las cuales quedó gravemente herido su jefe, y en el mayor desorden comenzó á retirarse hacia el camino de Chancellorsville con objeto de reunirse al general Schurz, pero esta división ya no estaba en su puesto, acaso por haber tenido que retirarse también. El regimiento de Connecticut, uno de los que más se resistieron, sufrió considerables bajas, entre las cuales se contaban dos coroneles y otros oficiales distinguidos; el desorden era espantoso, comenzaba á cundir el pánico, y á pesar